



9

Elías, el testigo de Dios

Elías es el testigo de **Dios vivo y verdadero**. Hemos partido de esa luz en nuestra vida cristiana, que es la llamada a la **Felicidad** que encontramos en Dios y cómo Dios para realizar nuestra vocación a la felicidad plena en Él, viene a nosotros por el camino de la **Bendición**.

La historia de la salvación es la gran bendición de Dios que, después del pecado, se encauza a través de la llamada, de la vocación de Abrahán, de las promesas hechas a **Abrahán**, a **Isaac** y a **Jacob**. Hemos hablado de **Moisés**, el amigo de Dios, y llegamos ahora hasta **Elías**, el otro testigo que se hace presente junto a Moisés en la Transfiguración.

Veamos un momento clave de la vida de Elías, el encuentro con Dios en la montaña:

Texto (1 Re 19, 3) _____

«Elías tuvo miedo, se levantó y se fue para salvar su vida. Él caminó por el desierto una jornada de camino, y fue a sentarse bajo una retama. Se deseó la muerte y dijo: “¡Basta ya, Yahveh! ¡Toma mi vida, porque no soy mejor que mis padres!”. Se acostó y se durmió bajo una retama».

¡Impresiona! Elías, el hombre de Dios, está ahora sin ganas de vivir, ha entrado en el desierto y no quiere seguir viviendo ¿Qué le ha pasado a Elías?

Vamos a recordar su camino hasta aquí, hasta llegar al desierto y caer derrotado.

Elías había recibido la llamada de Dios en un contexto muy claro: Israel ha olvidado al Señor, la mayoría del pueblo ha caído en la idolatría, guiados por su rey Ajab que se ha casado con una pagana, Jezabel, ha entrado en el sincretismo religioso y da culto a los *baales*, a los ídolos.

Muchos se preguntan qué va a pasar, cómo es posible que este pueblo que ha sido testigo de la cercanía de Dios, del amor de predilección de Dios, que ha hecho alianza en el desierto, que ha salvado y ha formado un pueblo, ¿cómo es posible que se olvide de Dios? Pero es así y pocos quedan fieles al Señor.

Uno de ellos, Elías, poco a poco va descubriendo al Señor y siente su llamada. Por boca del Señor hace ese anuncio: **«no lloverá hasta que yo lo vuelva a decir».**

Marcha y se esconde en el torrente. Allí en el silencio conoce al Señor cada vez más profundamente, a través de la palabra de Dios que le llega al corazón, es asistido por la providencia de Dios, se seca el torrente y marcha a la casa de la viuda de Sarepta que lo acoge y lo cuida. Allí, la viuda vivirá algo tremendo: su hijo muere y a través de la oración intensa de Elías el niño recobra la vida.

Después de esto, Elías vuelve a buscar a Ajab, el rey, para anunciarle que Dios va a hacer que llueva pronto, pero antes debe haber una manifestación, debe aclararse quién es el Dios verdadero y cita a los profetas de Baal en el monte Carmelo, allí citando al rey y a todo el pueblo hay que demostrar quién es el verdadero Dios.

Los israelitas han abandonado al Señor. «¡El Dios que mande fuego desde el cielo para el sacrificio ese es el Dios verdadero!». Convince esta propuesta, van al monte Carmelo los cuatrocientos profetas de Baal, que invocan a su Dios, pero no sucede nada. Y allí **Elías**, cuyo nombre significa “**El Señor es mi Dios**”, cuando le toca el turno a la hora de la ofrenda de la tarde, invoca al Señor: «**¡Señor manifiéstate, los israelitas te han abandonado, demuestra que tú eres el Dios, vivo y verdadero, el que conviertes los corazones!**».

Y a la invocación de Elías: «**¡Respóndeme, Señor, respóndeme!**», baja ese rayo del cielo que consume todo lo que estaba sobre el altar, sobre el sacrificio. Los israelitas ante esta manifestación recobran la fe y gritan: «**¡Yahveh es Dios!**» «**¡El Señor es Dios!**»

Pero ante esto, Elías hace matar a los profetas de Baal. El rey se lo cuenta a la reina Jezabel y jura que matará a Elías, y por eso Elías tuvo miedo, se levantó y huyó para salvar la vida. **¿Pensáis que alguien le defendió? Pues ¡no!**, a pesar de que se había manifestado la grandeza de Dios, a pesar de que había habido un signo clarísimo de quién era el Dios verdadero. Ante la presión del poderoso, ante la persecución del rey y la reina, todos callan, se esconden. De nuevo Elías se queda solo.

Elías pasa por la crisis profunda: «**Señor, no puedo más, te he conocido, tú eres el Dios verdadero, pero me he quedado solo. Los hombres no te hacen caso y me persiguen para matarme; por favor, Señor, quiero morir**». Es impresionante.

Esto nos enseña que no basta haber conocido a Dios para poder mantenerse con fuerzas en la vida. Cuando la esperanza decae, el hombre ya no tiene fuerzas para vivir. Elías se desea la muerte y, ¿qué va a hacer el Señor? Veamos, porque el Señor no se va a quedar callado, va a intervenir.

Texto (1 Re 19, 5-8)

«Elías se durmió bajo una retama, pero un ángel le tocó y le dijo: “Levántate y come”. Miró y vio a su cabecera una torta cocida sobre piedras calientes y un jarro de agua. Comió y bebió y se volvió a acostar.

Volvió por segunda vez el ángel de Yahveh, le tocó y le dijo: “Levántate y come, porque el camino es demasiado largo para ti”. Se levantó, comió y bebió, y con la fuerza de aquella comida caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios, el Horeb».

El Señor se hace cercano a Elías que está en crisis, que no puede más. Cuántas veces también en nuestra vida hemos vivido momentos difíciles, momentos de crisis, donde parece que ya uno no puede más, donde le pesa la vida.

Es el nuevo encuentro con el Señor lo que va a hacer recobrar a Elías las fuerzas. El Señor no está lejos de Elías, se hace cercano. Y fijaos con qué delicadeza, con qué amor se hace presente y le ofrece de comer porque está exhausto, le hace comer, le hace beber, descansa, tiene que convencerle, porque el Señor tiene que insistir: ¡come, bebe!; «**levántate y come**», por segunda vez, y atención a la frase: «**porque el camino es demasiado largo para ti, porque el camino supera tus fuerzas**».

Cuántas veces hacemos experiencia de esto, a veces parece cómo que no podemos con la vida, pero en el camino de Dios, siempre, lo que Dios pide va mas allá de lo que uno puede. Entendámonos, Dios siempre nos llama a vivir algo humanamente, pero **cuando algo es verdaderamente de Dios, el hombre se da cuenta que no puede por sí mismo, porque Dios nos llama a vivir de gracia**: “1 camino es demasiado largo, el camino supera tus fuerzas, pero aquí estoy Yo para que tú conmigo lo puedas recorrer”, nos viene a decir el Señor.

Efectivamente, Dios está cercano, no nos deja, y con su ayuda hay fuerzas para seguir el camino hasta llegar a la montaña santa. Y allí entra en la cueva. Aquella misma montaña donde Moisés se había encontrado con el Señor, primero en la zarza ardiente y después en aquel encuentro, cara a cara, donde Moisés le pidió ver la gloria de Dios.

En aquella cueva, en aquella hendidura de la roca encontramos ahora a Elías. Veamos lo que sucede:

Texto (1 Re 19, 9)

*«Allí entró en la cueva, y pasó en ella la noche. Le fue dirigida la palabra de Yahveh, que le dijo: “¿Qué haces aquí Elías?”.
Él dijo: “Ardo en celo por Yahveh, porque los israelitas han abandonado tu alianza, han derribado tus altares y han pasado a espada a tus profetas; quedo yo solo y buscan mi vida para quitármela”».*

Dios estaba muy cerca de Elías, él pensaba que Dios le había abandonado, que estaba solo, ¡pero no, que va! **Allí estaba el Señor más cerca que nunca. El Señor siempre está cerca pero, sobre todo, cuando estamos sufriendo**, cuando la oscuridad, el sufrimiento se ciernen sobre nosotros.

¿Y qué ha pasado con Elías? **Que Elías arde en celo por Dios**, está ya enamorado del Señor y le duele el corazón porque los israelitas, los de su pueblo, el pueblo de Dios, han abandonado la Alianza, han abandonado al Señor, ha quedado solo Elías y buscan su vida para quitársela. Impresionante, el Señor cercano, Elías tocado y herido por el amor de Dios y por el amor a sus hermanos, y delante de Dios dice: *¿qué hago yo ahora, Señor, qué hago?*

Pues vamos a ver cómo el Señor va a hacer que Elías se introduzca mucho más a fondo en la amistad con Él, va a conocer más a fondo al Señor. **Pero algo nos queda claro en este momento y es que el hombre necesita purificar su manera de vivir con Dios.**

Veamos unas palabras del Papa Benedicto XVI en su encíclica *Salvados en Esperanza (Spe Salvi)*, sobre la esperanza cristiana. Tiene unas frases que vienen muy bien para lo que estamos comentando.

Texto (Spe Salvi 31 y 32)

*«Necesitamos tener esperanzas –más grandes o más pequeñas–, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan.
Esta gran esperanza solo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar. De hecho, el ser agraciado por un don forma parte de la esperanza. Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto. Su reino no es un más allá imaginario, situado en un futuro que nunca llega; su reino está presente allí donde Él es amado y donde su amor nos alcanza.*

Cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha. Cuando ya no puedo hablar con ninguno, ni invocar a nadie, siempre puedo hablar con Dios. Si ya no hay nadie que pueda ayudarme –cuando se trata de una necesidad o de una expectativa que supera la capacidad humana de esperar–, Él puede ayudarme. Si me veo relegado a la extrema soledad...; el que reza nunca está totalmente solo».

Elías tenía que aprender que la esperanza está solo en Dios, que el Señor siempre le ve y le escucha. Pero vamos a ver lo que sucede, porque **el Señor iba conduciendo la vida de Elías más allá de lo que él pensaba y lo que parecía un momento crítico va a ser la ocasión del encuentro decisivo de Elías con el Señor en su vida**. Veamos cómo **Elías va a conocer al Señor de una manera nueva**:

Texto (1 Re 19, 11)

*«El Señor le dijo: “Sal y ponte en el monte ante Yahveh”. Y he aquí que Yahveh pasaba. Hubo un huracán tan violento que hendía las montañas y quebrantaba las rocas ante Yahveh; pero no estaba Yahveh en el huracán.
Después del huracán, un temblor de tierra; pero no estaba Yahveh en el temblor.
Después del temblor, fuego, pero no estaba Yahveh en el fuego.
Después del fuego, el susurro de una brisa suave. Al oírlo Elías, cubrió su rostro con el manto, salió y se puso a la entrada de la cueva».*

Elías ha sido llamado por el Señor, el Señor quería manifestarse e introducirle en el misterio del Dios vivo, y ¡atención! porque esta experiencia de Elías es decisiva: Dios no está en el huracán, ni en el temblor de tierra, ni en el fuego, **simplemente se hace silencio**, se oye un susurro suavísimo y **ahí percibe Elías la presencia de Dios**. Se cubre, sale, se pone a la entrada y el Señor de nuevo le va a hablar.

Dios, que se ha ido manifestando, nos descubre ahora algo muy importante: que **la presencia de Dios es una presencia salvadora, una presencia de gracia. Dios está presente espiritualmente**, es decir, **realmente**, de manera actual, ahora, a cada instante, **pero de una manera misteriosa, escondida, oculta**, de manera que está pero nosotros normalmente no percibimos su presencia (*como las estrellas siempre están en el firmamento aunque a la luz del mediodía no las veamos, pero están*).

Y más allá de las manifestaciones que a veces tiene, como hablar al corazón, como la manifestación a Moisés en la zarza ardiente, o las manifestaciones a través de los prodigios en el Éxodo, o las manifestaciones a través de la palabra de los profetas. Todas estas son expresiones de la presencia de Dios, son signos de una presencia. Pero lo importante es la presencia que siempre se mantiene, su presencia espiritual, misteriosa. Dios está oculto para que le busquemos: **«Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo»**, dijo Jesús antes de la Ascensión. El Señor glorioso está junto a nosotros aunque no le vemos.

Dios viene en una suave brisa, es decir, como el aire que respiramos entra dentro de nosotros. Ese Dios cercano, que ha recorrido la historia de la salvación, que ha ido educando desde los patriarcas hasta llegar a los profetas, nos introduce en un misterio maravilloso: **quiere ser Dios en nosotros**, su deseo es estar dentro de nosotros, habitar en nuestro corazón.

Y aquí con el primero de los profetas se anuncia lo que va a ser la gran profecía de la Nueva Alianza. Los profetas, ¿qué van a anunciar? **«Derramaré mi Espíritu en vosotros»**. *«Os infundiré mi Espíritu, cambiaré y transformaré vuestros corazones, yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo, meteré mi ley en vuestros corazones»* (cf Ez 36, 26-27).

Hay un momento clave de la vida de nuestro Señor Jesucristo, que ilumina este pasaje de Elías. Nos lo decía el Papa Benedicto XVI en su homilía de Pentecostés, el día 15 de mayo del año 2005, donde comparaba este encuentro de Elías con la aparición de Jesús resucitado en el Cenáculo a los discípulos, cuando el Señor se puso en medio de ellos y dijo: *«la paz con vosotros»*, sopló, exhaló su aliento y dijo: **«recibid el Espíritu Santo»**.

Texto *(Benedicto XVI, Homilía de Pentecostés 2005)*

«El don de la alianza divina, de la fe en el Dios único, parecía haber desaparecido en Israel. Elías, en cierto modo, debía reavivar en el monte de Dios la llama de la fe y llevarla a Israel. En aquel lugar experimenta el huracán, el temblor de tierra y el fuego. Pero Dios no está presente en todo ello. Entonces, percibe el susurro de una brisa suave. Y Dios le habla desde esa brisa suave (cf. 1 R.19, 11-18).

¿No es precisamente lo que sucedió en la tarde de Pascua, cuando Jesús se apareció a sus Apóstoles, lo que nos enseña qué es lo que se quiere decir aquí? ¿No podemos ver aquí una prefiguración del siervo de Yahveh, del que Isaías dice: "No vociferará ni alzaré el tono, y no hará oír en la calle su voz"? (Is 42, 2) ¿No se presenta así la humilde figura de Jesús como la verdadera revelación en la que Dios se manifiesta a nosotros y nos habla? ¿No son la humildad y la bondad de Jesús la verdadera epifanía de Dios?

Elías debe aprender a percibir el susurro de Dios y, así, a reconocer anticipadamente a aquel que ha vencido el pecado no con la fuerza, sino con su Pasión; a aquel que, con su sufrimiento, nos ha dado el poder del perdón. Este es el modo como Dios vence».

Elías oye un suave susurro, una **suave brisa**, en aquello que él respiraba **siente la presencia de Dios**. **El Señor quiere habitar en nosotros y quiere ser el principio de una vida nueva**, de una vida en nosotros, una vida movida, animada por Dios mismo.

El Señor ha permitido toda esta crisis de Elías para que Elías llegue aquí, a este momento. Es verdad que Dios había actuado de manera prodigiosa, pero fijaos, el pueblo, que había visto una obra maravillosa de Dios, no había sido valiente para defender a Elías, no quisieron jugarse la vida por Dios, dejaron solo al profeta.

Dios nos enseña que sin un encuentro personal con Él, hasta los signos más grandes se desvanecen. Si tú no conoces personalmente a Dios, no tendrás la fuerza para resistir la **oposición de un ambiente que se olvida de Dios**, de un ambiente donde los hombres parece que ya no quieren contar con Dios, es más, donde muchas veces los hombres ridiculizan y se burlan de una vida en Dios, de una vida cristiana. Si no conocemos personalmente a Dios ¿cómo vamos a tener la fuerza de poder seguirle?

El Señor enseña muchas cosas a Elías: **le enseña que lo importante es buscar su rostro, que la esperanza tiene que estar puesta solo en Dios, que está muy bien entregarse a una misión, pero que el objetivo, el centro de la vida, el centro del corazón del hombre no puede ser la misión que uno hace por Dios, el centro solo puede ser Dios mismo**.

De aquí que cuando parece que la misión no tiene fruto, si uno está anclado en Dios no entrará en crisis, estará anclado en el Señor. Sí, hay que hacer las misiones que el Señor nos encomienda, pero **el centro del corazón no pueden ser las cosas que hacemos por Dios, sino el Dios por el que hacemos las cosas**.

Además, el Señor le enseñó a Elías que tiene que buscar siempre lo que agrada a Dios, que **el criterio de las cosas no es “si veo fruto” o “no veo fruto” en mi vida, ¡no! Lo importante en nuestra vida es estar haciendo lo que Dios nos pide, más allá de lo que uno ve**, porque a veces no vemos nada y Dios está realizando obras grandiosas con nosotros.

De hecho, nuestra vida trasciende nuestra propia vida. Veremos al final cómo Dios va a hacer que elija a Eliseo como sucesor suyo, y cómo Elías va a ser, nada más y nada menos, que el padre de los profetas, un espíritu que va a llegar hasta el mismo Juan Bautista, que va a estar en medio de los hombres con el poder y el espíritu de Elías, de aquel que buscaba el rostro de Dios. Incluso siglos después será canal de gracia para la familia del Carmelo, que le venera como padre.

Pero también Elías aprende a los pies del Señor que **solo Dios basta**, que el Señor le buscaba para que fuera su **amigo** y para darle a conocer quién es el Dios cercano, presente, *tan presente, tan presente*, que quiere saltar el abismo, no solo del Cielo a la tierra, sino que en la tierra misma quiere entrar en lo más íntimo del corazón del hombre. Allí anhela Dios estar con nosotros, **en tu corazón es donde Dios quiere habitar**, en el silencio, cara a cara, es donde se conoce de verdad a Dios.

¿Sabéis por qué, muchas veces, no entramos más en la vida del Señor? Porque no tenemos tiempo para Él. Es necesario el recogimiento. Sin un mínimo de soledad, de encuentros de tú a tú, a solas con Dios, no conoceremos al Señor. Es absolutamente necesario el tiempo dedicado a estar a solas con Dios. El tiempo de oración es donde Dios se nos muestra de una manera distinta, donde Dios agradece –¡y cómo lo agradece!– el que tú, dejadas todas las cosas, te vuelvas solo a Él, para dejarte iluminar y bendecir por Él.

Sí, fue necesario todo este recorrido para este encuentro. **En la soledad Dios da a conocer lo que solo Dios puede hacer comprender y entender, Él está presente y no solo fuera, sino en lo más íntimo del corazón**. Esta es la Nueva Alianza, la que nos explican los profetas, Dios que está dentro: **«derramaré mi espíritu en vuestros corazones»** (cf Rm 5, 5). Sí, Dios está cerca, siempre; Él está cercano, es el Dios vivo.

Veamos lo que nos dice el texto después de esta experiencia sublime que tuvo Elías en el silencio:

Texto (1 Re 19, 16)

«Yahveh dijo a Elías: “Anda, vuelve por tu camino hacia el desierto de Damasco. Vete y unge a Eliseo como profeta en tu lugar”.

Partió de allí y encontró a Eliseo, hijo de Safat, que estaba arando. Pasó Elías y le echó su manto encima. Eliseo se levantó y se fue tras de Elías y entró a su servicio».

Después del encuentro con Dios, del Dios que ama a los hombres, que ama a su pueblo, hay que seguir adelante. Y más allá de lo que nosotros podamos entender, **el Señor mantiene la llama de la fe en medio del mundo**, y la mantiene **a través de un corazón que cree en Él**, que le adora, que le busca, que le es fiel, que le obedece, que hace de su vida un servicio a los planes de Dios.

Este es Elías, el padre de los profetas, el que buscaba ardientemente el rostro de Dios. Ahora Dios le va a hacer volver, marchar hacia atrás y vamos a ver cómo Elías vuelve a jugarse la vida, volverá a estar delante del rey, a denunciar su pecado, ahora con una fortaleza que nadie puede domar porque el Señor está con él.

El Señor va a estar providente y va a hacer que Elías esté a buen seguro, va a defenderle, va a cuidarle. Elías, que sigue dando testimonio, está llamado a ser fecundo, pues la gracia que un hombre ha sabido acoger a través de la educación amorosa de Dios se va a convertir en fecundidad.

El Espíritu y la gracia de Elías no van a morir con él. ¡No! El Señor va a hacer que se transmita a la historia de la salvación. Va a empezar por **Eliseo**, pero con él va a venir toda una ráfaga de profetas que llegará hasta aquel del que dirá el Señor que *«es el más grande entre los nacidos de mujer, aunque el más pequeño del Reino de Dios es más grande que él»*, es decir, **Juan Bautista**, que irá con el poder y el espíritu de Elías.

Pasó Elías y echó el manto encima de Eliseo. Se levantó Eliseo y se fue tras Elías y entró a su servicio. Qué fecundidad tan misteriosa: un corazón en medio del mundo que parece que está solo con Dios y ante Dios, y **los hombres parece que ignoran completamente a Dios. En cambio, están sucediendo cosas divinas**: hay un hombre que está siendo conducido por Dios, y a través de él Dios sigue manteniendo y guiando la historia de la salvación, y otro, Eliseo, gracias a su fidelidad responderá, le seguirá, y a través de Elías se pondrá al servicio de Dios. Dios va a seguir llevando la historia de la salvación a través de los profetas y especialmente también del resto de Israel. Sí, el Señor nos cuida.

A partir de esta luz, vamos a ver algunas **claves para nuestra vida cristiana, desde Elías**, el gran profeta, él es el testigo del Dios vivo y verdadero. Una de las constantes es que los hombres olvidan a Dios. Otra, es que conociendo a Dios, los hombres, ante la situación y el ambiente, tienden al sincretismo, es decir, tienden a una religión que, en vez de ser fiel a la palabra y a las exigencias del Dios vivo, mezclan las cosas, olvidando la pureza de la fe verdadera.

Otras veces los creyentes se encuentran en situaciones de minoría, en ambientes donde todo empieza a ponerse en contra, y eso mismo se convierte a veces en oscuridad y tentación para los creyentes, que se preguntan: «¿estaremos en lo cierto?, ¿será verdad que Dios existe?, ¿será el Señor verdadero Dios?, ¿es Jesucristo el único el Salvador?, ¿merecerá la pena vivir en Dios?». Pues claro que sí. Y tenemos tantos ejemplos en la historia de la salvación.

Ciertamente **qué actual es el testimonio de la vida de Elías**. Su experiencia es que está prácticamente solo, queriendo vivir a Dios, y lo sorprendente es que en esta situación Dios se hace cercano. Y que **el número no es criterio** para creer en la verdad. El hecho de que muchos no creen o que olviden a Dios, no quiere decir que Dios no exista. Existe un solo Dios, único y verdadero, la Trinidad Santa.

Es verdad que hay un único Salvador, Jesucristo, que está presente y vivo en la Iglesia, aquí y ahora, al que tú has conocido, del que has recibido la fe, el que quiere darte la vida verdadera.

Como Elías, nosotros también estamos llamados, no a escondernos, no a deprimirnos, no a creer que estamos solos y abandonados, no a desesperarnos; todo lo contrario. Como Elías, es el momento donde quiere manifestar de una manera única, que Él está vivo y presente, más que nunca. Como decía el Señor a los discípulos: **«cuando todos os persigan, tendréis ocasión de dar testimonio y veréis cómo yo estoy con vosotros, no tendréis que preocuparos, el Espíritu Santo os dirá lo que tenéis que decir»** (cf Mc 13, 11).

Nosotros, hombres y mujeres cristianos, estamos llamados a ser testigos del Dios vivo y verdadero. Solo hay un Dios, la Trinidad Santa, hay un único Salvador que es Jesucristo, que está vivo en la Iglesia y que a través de la Iglesia quiere llegar a los hombres, que están llamados a entrar en el pueblo de Dios, en la familia de Dios, en el Cuerpo de Cristo, en el templo del Espíritu que es la Iglesia.

Y este Dios que está vivo nos purifica, sale a nuestro encuentro y nos llama a vivir en Él. Nos hace comprender que el centro de la vida no puede ser una tarea, una misión que se hace por Dios, que el centro de la vida es Dios mismo. Y Él nos llama a buscar su rostro, a ser felices y conocerle, vivirle y experimentar-le.

Dios está a tu lado, presente, esperando tu mirada, esperando que le busques, que le creas, que le acojas. Y Él, además, por el bautismo, ha entrado a morar dentro de ti, y desde dentro quiere conducirte, llenarte, iluminarte, hablarte. El Señor se ha hecho hombre por nosotros, es el Dios con nosotros.

En esta hora de la historia, estamos llamados, como Elías, a ser testigos del Señor. Ahora Dios está llamando de nuevo a la Iglesia a una hora de testimonio. Sí, Dios está más cerca que nunca, pero para eso necesita hombres y mujeres de fe, hombres y mujeres de oración, hombres y mujeres que no conocen a Dios solo de oídas, por lo que han oído de Él, sino que le conocen de manera personal, le conocen por el encuentro personal y vivo con Él, hombres y mujeres que lo irradian porque lo viven.

Sí, tú, yo, todos estamos llamados, tras la huellas de Elías, a ser testigos de Dios.



Meditación de Miguel Ángel Pardo en el programa “Dame de beber” de Radio María emitido desde el Centro de Espiritualidad del Corazón de Jesús de Valladolid, el 2 de diciembre de 2007



PARA PROFUNDIZAR EN NUESTRA VIDA CRISTIANA

*Algunas orientaciones que nos pueden ayudar en la lectura personal
y a la comprensión del texto:*

Paso a paso ...



Invocación al Espíritu

Pídele que te ilumine y
te abra a la comprensión de la
Palabra



Lectura del texto

Lee de forma pausada para
captar qué dice el texto



Meditación

¿Qué me dice el Señor en
este encuentro?



Oración

Respondo al Señor,
de corazón a corazón



Compromiso

Salto a la vida con
otra actitud

Como resumen de este pasaje del evangelio, unas breves cuestiones a la luz del Espíritu en oración y diálogo con el Señor.

- ✓ ¿Por qué el profeta Elías aparece en el momento de la Transfiguración de Jesús? (Lc 9, 28-36) (Mt 17, 1-9) (Mc 9, 2-10).
- ✓ Elías hombre de fuego, compara con lo descrito en libro del Eclesiástico 48,1-16.
- ✓ Elías se sintió cansado, en la tarea de defender la pureza de la fe en el Dios verdadero ante el pueblo. Ahora, en la tarea de evangelizar también podemos pasar por momentos áridos y difíciles ¿Qué podemos aprender de Elías? La respuesta la da Jesús en Mt 11, 28-30 y en Jn 15, 5-8.
- ✓ ¿Qué relación encuentras entre el profeta Elías y Jesucristo?
- ✓ En estas páginas hemos visto una breve semblanza del profeta Elías ¿has hecho alguna vez una breve historia personal de tu vida, fijándote en los momentos más luminosos? Esto te ayudará a saberte amado y protegido en los momentos de oscuridad.
- ✓ Ponemos en oración todo aquello que el Espíritu nos ha inspirado para nuestra vida cristiana.